LEOPOLDO DE LUIS

EL ARBOL Y OTROS POEMAS

SANTANDER
1954

EL ARBOL Y OTROS POEMAS

PUBLICADA POR

Víctor F.-Corugedo
José Hierro
Aurelio G. Cantalapiedra

18

COLECCIÓN «TITO HOMBRE»

Ilustraciones de Rafael Alvarez Ortega.

LEOPOLDO DE LUIS

EL ARBOL Y OTROS POEMAS

SANTANDER
1954

DE ESTA OBRA SE HAN TIRADO

6 ejemplares no venales, ordenados de la A a la F.

125 ejemplares numerados del 1 al 125.

5 ejemplares no numerados para el autor.

EJEMPLAR NÚM.

A Luis Ponce de León.

A la memoria de mi padre,
estos poemas, los primeros
míos que ya no verá impresos.

EL ARBOL

Acaso sólo somos árboles que Dios sueña,
bosque confuso y triste que un largo viento hiere,
y un hacha silenciosa va tornándonos leña
mientras en nuestras ramas un fugaz verdor muere.

Mientras la vida sea ir echando raíces
y elevar en los ojos un ansia hacia la altura,
mientras el hombre lleve las hondas cicatrices
del dolor y la muerte sobre su arcilla impura,

seremos como oscuros árboles donde el viento
irremediablemente su música interpreta.
La tierra maternal nos brinda su cimiento
y entre los astros Dios su hermosura secreta.

Miramos hacia el cielo, limpio azul que propaga
los caminos del sueño y del ala viajera.
Altos olmos, el sol en ocaso rezaga
en las ramas la luz, dorada hoguera.

Desde la hierba humilde, sencilla, de las cosas,
nos llega la diaria costumbre de estar vivos.
Apenas si podemos soñar que demos rosas
o ganar la nobleza grave de los olivos.

La vida nos visita como una primavera
y sentimos de golpe la gloria en nuestro pecho.
Florece el corazón de la humana madera.
Mas siempre hay un noviembre silencioso, en acecho.

Busca su dulce patria, su corazón, su nido,
el amor en nosotros, como celeste pluma.
A veces nos habita el ave del olvido
que extiende con sus alas la cenicienta bruma.

Como un árbol el hombre. Como un árbol la vida.
A veces me parece un árbol la memoria.
Su más frondosa rama duele como una herida.
Crecen en ella flores de una querida historia.

Porque vemos la infancia, vegetal y risueña,
como una breve hoja mirándose en un río
por el que van paisajes que un niño alegre sueña,
hechos de claridad y de rocío.

Bajo el recuerdo, bajo el árbol, se emociona
la linfa con ternura como de madre o fuente,
y pone con sus líquidos dedos una corona
de remejido gozo por la frente.

A través del recuerdo, de su fronda dorada,
cruza la dulce brisa, cruza el cálido vuelo,
y el viento que enardece la sangre desvelada
y las alas que dan al corazón un cielo.

En la memoria todo, árbol pródigo, suena
a fruto derramado, a hermosa flor perdida.
Sólo existe la abeja que libó. En la colmena
del corazón recoge su clara miel vivida.

Apenas somos más que árbol y sueño,
y frondosa memoria como una verde llama
de sauce que levanta a Dios su torpe leño
entre la triste y cotidiana grama.

Como el almendro cobra sobre el pobre y oscuro
tronco toda su gracia de nevada ladera
por el prorrumpir albo de su florecer puro,
y es elegido alférez para la Primavera,

el hombre, árbol humano, sólo gana la gracia
por el amor que pone en él huella divina.
Su sed de Dios el agua del Amor sólo sacia
mientras el tiempo o fuego su madera calcina.

Es árbol elegido para la Primavera
del mundo donde debe florecer la alegría,
donde una luz de sueños sombríamente espera
a la proclamación de un claro día.

En el bosque del tiempo lentamente se pierde
y acaso sin amor su leño se reseca.
Amarillenta cae su hermosa fronda verde.
Sólo suena el olvido por la madera hueca.

Sueño a sueño, hoja a hoja, luz a luz, rama a rama,
abátese la altura que miró al firmamento.
La tarde en el ocaso su roja flor inflama.
Se adivina la noche en el hacha del viento.

Mondo como la muerte y blanco como el frío,
el árbol de los huesos sobre la tierra un día
proclamará que un hombre alzó en este baldío
su soledad de roble desnudo y su agonía.

ODA AL MAR

Llego desde tristísimas ciudades,
desde yermos paisajes que no meces,
desde las más sangrientas claridades
y de las más sangrientas lobregueces.

De la verdad de mí, de mis ocultas
tierras en soledad, llego por verte.
Como las negras algas que sepultas
va dentro floreciéndome la muerte.

Soy un hombre cualquiera, sepultado
en la tierra diaria de mi vida.
Un humano dolor llevo aquí anclado
y una incerrable herida.

He venido con ansias de tu vasta
bravura, tu dominio del planeta,
y de sentir tu fuerza pura y casta
contra la tierra miserable y quieta.

Tú eres la soledad inmensa y pura
frente a estas maldecidas soledades;
elemental y prístina bravura
frente a las enconadas crueldades.

Tú eres el hondo reino donde habita
el primigenio impulso, oh mar violento.
En ti la voz de Dios pura palpita
con genesíaco acento.

He venido a aprender tu eterno canto,
a ver la eternidad sobre tu lomo.
Tienen los hombres muy amargo el llanto
y el corazón sombrío ya y de plomo.

Hay en la tierra un triste gesto adusto
y un hacha cruel talando árboles y hombres.
Algo crece de ruin; un mundo injusto
que a la rosa y la luz roba sus nombres.

Hay aún juventud que entre fusiles
ensarta sus floridas ilusiones
sin saber en qué rutas hay abriles
ni qué luz manarán sus corazones.

Hay pueblos miserables, carcomidos
por las ratas del hambre y la injusticia
y el animal del odio en triste aullido
atraviesa la tierra cinericia.

Todo lleva el estigma, el torpe hierro
del fuego del rencor. La dulce espiga
crece amarga en un campo de destierro.
La bella rosa es violenta ortiga.

Tú eres lo puro, mar, tú lo perfecto,
en tu pecho se mece la hermosura.
Te unge de azul el horizonte recto.
Dios halla en ti la voz, la fe más pura.

A la roca que besas virilmente
y coronas de mirto y azucena,
vengo con mi dolor oscuramente,
con esta opaca tierra de mi pena.

Hay una sombra, mar, que es como el lodo
en este pozo triste que es el hombre.
Me enturbia el agua de la vida y todo
tiene el sabor amargo de su nombre.

Ojos de tierra tengo, ojos de niebla
y una verdad como un inmóvil muro.
De puras fuentes mi dolor se puebla,
que sólo el llanto, como el mar, es puro.

A. Ortega

LA CAJA DE MUSICA

Nos sentimos sonar día tras día
en el silencio cóncavo del pecho.
Nos oímos la vida, resonancias
de músicas, de sueños,
de olvidadas, perdidas melodías,
de remotos, oscuros, tristes ecos.

Levantamos la tapa de la caja
con la memoria de insumisos dedos
y unas íntimas músicas oímos
remontando los años hacia dentro.

Rumorosos paisajes de armonía
que un niño cruza. Acentos

que dulcemente nos envuelven, manos
melodiosas. La luz en los almendros.
Las voces del verano. Aquellas tardes
que nos iban de carne y música vistiendo.

Oímos el amor como una hermosa
canción ocultos árboles meciéndonos,
y unas lejanas flautas de nostalgia
sonando entre las cañas de los huesos.

Pautada luz de Abril. Agosto en llamas.
Cobre de Octubre. Otoño pone cerco
al corazón. Arroyos de Noviembre.
Aguas huyentes en las que bebemos.

Cuán armoniosamente la esperanza
se hunde en la fronda de jardines secos
con su leve chascar de lento olvido
bajo los olmos cenicientos.

Música antigua.
Canción remota. Violines trémulos
que en repentinos llantos sueltan, rotas,
bajo los arcos de infundible hielo,

cuerdas heridas, venas musicales
donde la sangre pulsa sus lamentos.

¿Qué orquestas suenan?
¿Qué sones se armonizan, qué patéticos
tonos nos estremecen, qué invisibles
manos tañen los hondos instrumentos?

Y son las nuestras. Pasan
sobre pianos infantiles, viejos,
por quejumbrosas cajas, por metales
sensuales y frenéticos.

Son nuestras mismas manos
pálidamente azules por el tiempo
arrancándonos vida como notas
por escalas de lluvia y de recuerdo.

Esta caja de música del alma
se nos destapa lentamente dentro.
Nos sentimos sonar. Nos escuchamos
canción, música, ecos.

Acaso sólo somos nuestro propio sonido
con el que entre los años juega el viento.
Tal vez vivir no sea más que oirse
en la caja de música del tiempo.

LOS CABALLITOS

(Homenaje a Pío Baroja)

A mí dadme los viejos caballitos
del tíovivo...

(P. B.—En mi libro de lectura del colegio).

Los caballitos de madera trotan
por el libro infantil. Y una secreta
melancolía de once años abre
su dulce zumo de amargura ingenua.

La clase continúa. El niño mira
el libro en que sus ojos araron con pereza.
A su alrededor vienen oscuros caballitos,
van, dolorosamente, dando vueltas.

En las acacias del recreo pone
la tarde su ala cenicienta.

El viejo tíovivo
sigue girando a ciegas.

Yo veo un niño que montado pasa
con un sencillo corazón de fiesta,
que desde lejos me sonríe alzando
la mano que me tiembla.

Ahora también parece que giramos
en estos caballitos de madera
del tiempo. ¿Cuántas veces
pasamos estas luces, esta feria
en la que el viento del otoño arranca
la percalina de los sueños, lleva
de un lado a otro aquel papel pintado
de la ilusión, como una gris guedeja?

Vivir es este eterno juego triste
de una dulce y tristísima madera
sobre la que corremos viejos círculos
de cansancio y de pena.

«A mí dadme los viejos caballitos...»
esos lentos de trágica pereza
donde se para poco a poco el alma,
va arruinándose el cuerpo, y una espesa
ceniza nos recubre

que giro a giro sube de la tierra,
y nos vemos rodar pesadamente
bajo afligidas, cotidianas prendas,
bajo ropas de sórdida amargura
que el blanco hueso cubren con su arena,
y un niño ríe desde las orillas
donde la vida empieza
sus carruseles de esperanza y llanto,
los pobres caballitos de su feria.

VENTA CHI
DE
GRANADA DE DR
VINOS

FUTBOL MODESTO

Desmontes amarillos bajo el sol del invierno
que pone su piedad, su tibieza en las cosas,
que arranca falsas luces de los vidrios verdosos,
diamantes de un fantástico sueño por el que cruzan
heridos perros de esperanza y pena.

Delgados muchachitos,
pálidos obrerillos con sus botas gastadas,
bajo sus trajes grises, que van a hacer deporte
o a aprender que ellos mismos son un balón doliente
que a puntapiés manejan los grandes jugadores de
la vida.

Mañanas de domingo. La carne fatigada
bosteza lentamente su cansancio remoto.

Una humilde ilusión, como el rayo en los vidrios,
arranca de las almas llamitas de alegría.

Bota el cuero cosido de esperanza,
hinchado con un aire de esperanza,
de risa triste, de ilusión oscura.
Colores desteñidos que nunca se asomaron
al sol de los estadios,
van, vuelven, corren las camisetas, buscan,
persiguen una esfera del color de su sueño.

Ascienden desde el pozo insondable del tiempo
las horas como sombras, los trabajos,
la pena, la miseria, la modesta comida
en los platos heridos, sobre el hule,
el fondo de la sórdida galería, la cama
donde se rinde noche a noche el hueso
abatido de llanto silencioso y sin lágrimas.

Asciende aquí el cansancio,
el destino que, sordo, va cumpliendo sus suertes,
la niñez mal cuidada, la escuela pobre, el fuego
del brasero amparando a la familia.

Todo llega al solar del domingo, confuso,
ceniciento, remoto, en el cuero que bota,
entre los desvaídos colores de la blusa,
y se enreda en las piernas que persiguen
ese balón con forma de esperanza.

AUNQUE ES DE NOCHE

«Aunque es de noche»
SAN JUAN DE LA CRUZ

Había atravesado caminos como mundos,
ciudades como tumbas y mares como olvidos.
Y traía los ojos como sueños profundos,
como cielos heridos.

En sus ojos de sombra nos miramos. Espejos
silenciosos de noche. Luna de soledades.
Emergió nuestra imagen lentamente de lejos,
de perdidas edades.

Se concitaron rostros olvidados, espumas
felices y paisajes que ahora el recuerdo nieva.
Sumidos materiales de vida; leves plumas
que la inocencia eleva.

Manos con sus pequeñas raíces infantiles
que aún descuelgan sus frutos de frías acideces.
Arboles que sombrean avenidas de abriles.
Amor de tantas veces.

Humildes servidumbres de objetos familiares.
Monedas de sonrisas, de rencores, de pena,
con que fuimos comprando años crepusculares
que ahora el dolor ordena.

Huellas como hojas secas, desenterrados dioses
fungibles. Esperanzas de quebrado alabastro.
Clausuradas esencias y pálidos adioses.
Todo súbito rastro.

Nos vimos sucesiva, mortalmente anegados
de oleadas de tiempo, de lluvias tumultuosas.
Desde los hondos pozos del recuerdo lanzados,
desde sus ciegas fosas,

hasta aquellos dos nichos de soledad herida
donde se sepultaban inevitables muertos,
donde se reencontraba turbiamente la vida,
los años descubiertos.

Nos sentimos distintos. Hijos de un tiempo extraño
Nacidos de una tierra que el odio transfigura.
La soledad tenía nuestro propio tamaño,
nuestra misma estatura.

Nos vimos recorriendo planicies de ceniza,
campos donde la sangre rabiosamente prende,
surcos por donde el grano sólo en hambre se eriza,
montes que el sol no enciende.

Albas que rebotaron su terrible pelota
de esquina a esquina y en pretiles ciegos,
por las que desfilamos hacia la tarde rota,
herida a carne y fuegos.

Bosque que animaliza, que levanta
levas de instinto torpe, sordas piedras,
cerrando de los pies a la garganta
sus ancestrales yedras.

Nos sentimos nacer entre disparos
de plomo y odio, entre feroz acecho:
ya no éramos aquéllos que fuimos, ni los claros
días que están dentro del pecho.

Se nos iban historias, devoraban historias
felices esos ojos, esa fantasmal ave
que trajo hasta las tierras de inocentes memorias
la hombría amarga y grave.

Unos ojos de noche donde nunca hay mirada,
del fondo de los nuestros la vida recogían.
Unos ojos, un hielo, una pena, una nada,
una noche, se abrían.

Una noche se abría como un campo de guerra,
como sangre que sacia el ansia de un desierto,
como un rencor, como una deshabitada tierra.
Una noche se ha abierto.

En ella nos hundimos, bajo su negra nieve,
mutuamente acechados desde la sombra opaca.
Indefensos frente a esta cólera que nos mueve
como a turbia resaca.

Desterrados de un alba que el corazón aún sueña,
de un amor, de una aurora que el corazón querría.
Poblando de humo triste, de soledad pequeña,
una casa vacía.

Pero seguimos siempre. La oscuridad tanteamos.
Ciegos, torpes, heridos contra las sombras prietas.
Tenazmente, en el muro de las sombras cavamos
rabiosamente grietas.

Desde la pena puede abrirse la esperanza
como desde la noche nacer la aurora pura.
El corazón del hombre a la luz se avalanza
de una gran hendidura.

De un tajo en la tiniebla, una alegría
donde otros hombres pisarán seguros.
Aunque es de noche vamos elaborando el día
de esos hombres futuros.

Las sendas de la aurora transitan por la falda
sombría de la noche; las que al hombre renuevan
cruzan por nuestro pecho, pesan en nuestra espalda,
nuestros hombros las llevan.

Tajos de luz, tajos de vida, tajos
de esperanza. La noche se estremece.
Caminemos buscándolo: el día en los atajos
del mundo, crece y crece.

Acaso cuando alumbre nos hayamos perdido
ya un poco entre la niebla de nuestra propia pena.
Nuestros pasos cansados resonarán a olvido
por avenidas de callada arena.

Aún tendremos acaso esta antigua costumbre
de mirar con extraña manera dolorida.
Porque llevamos dentro, hiriéndonos, la lumbre,
y aunque es de noche amamos nuestra vida.

INDICE

El árbol 11

Oda al mar 17

La caja de música 23

Los caballitos 27

Fútbol modesto 33

Aunque es de noche 37

VOLUMENES PUBLICADOS

1 *Las luces* / verso / Carlos Salomón.
2 *El atentado* / cuento / Jorge Campos.
3 *Misterio y Poesía* / ensayo / Pedro Caba.
4 *5 poemas terrestres* / verso / Joaquín de Entrambasaguas.
5 *Espejismo* / cuento / María de Gracia Ifach.
6 *15 días de vacaciones* / cuento / José Hierro.
7 *Canciones sencillas* / verso / Víctor F.-Corugedo.
8 *La moderna poesía portuguesa* / ensayo / Charles David Ley.
9 *Un poco de ceniza* / cuento / Juan Guerrero Zamora.
10 *Cancionero de Corbán* / verso / Leopoldo Rodríguez Alcalde.
11 *La esquina y el viento* / verso / Jesús Delgado Valhondo.
12 *Media hora trágica* / cuento / Ignacio Romero Raizábal.
13 *Alteo* / ensayo / Ricardo Blasco.
14 *Lejos* / verso / Pablo Cabañas.
15 *Historias de la cuenca minera* / cuentos / Manuel Pilares.
16 *Segundo sueño* / verso / Gerardo Diego.
17 *Dorada canción* / verso / Luis López Anglada.
18 *El árbol y otros poemas* / verso / Leopoldo de Luis.

EN PRENSA:

Elsa / cuento / Sofía Heyman.

EN PREPARACION:

Cuba y su independencia en la obra de D. Juan Valera / Ramón de Garcíasol.

ESTA PRIMERA EDICION DE «EL ARBOL Y OTROS POEMAS», DE LEOPOLDO DE LUIS, SE ACABO DE IMPRIMIR EN EL TALLER DE ARTES GRAFICAS DE LOS HERMANOS BEDIA, TRAVESIA DE AFRICA, NUMERO CINCO, DE SANTANDER, EL DIA DIEZ Y SEIS DE JUNIO DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y CUATRO.